GIULIA TOFANA

GIULIA TOFANA SE CONVIRTIÓ EN UNA FIGURA HEROICA PARA MUCHAS MUJERES DE LA ITALIA DEL SIGLO XVII. SE CREE QUE ENVASABA Y VENDÍA UN VENENO QUE LLEVABA SU NOMBRE, «AGUA TOFANA», BAJO LA FALSA APARIENCIA DE UN PERFUME O UN ACEITE MEDICINAL, DESTINADO A MUJERES QUE SUFRÍAN MALOS TRATOS. MÁS TARDE, FUE CAPTURADA Y TORTURADA, Y SUPUESTAMENTE CONFESÓ HABER CAUSADO LA MUERTE DE SEISCIENTOS HOMBRES CON ESTE VENENO.

En la Italia patriarcal y profundamente católica del Renacimiento no existía el divorcio, por lo que la única vía de escape para las mujeres atrapadas en matrimonios abusivos o violentos era la muerte de sus maridos. Giulia Tofana, nacida a finales del siglo XVI, ofreció una solución a esta desesperación: un pequeño frasco de cristal que contenía su famoso veneno, el Agua Tofana (*Aqua Tofana* en italiano). A pesar de que la fórmula exacta se ha perdido con el tiempo, se cree que estaba compuesto por una mezcla de arsénico, plomo y belladona. Este veneno era inodoro, incoloro, insípido y prácticamente indetectable. Actuaba lentamente, simulando los síntomas de una enfermedad natural, lo que lo convertía en el veneno perfecto.

Incluso siglos después de la muerte de Tofana, su creación seguía siendo recordada. En 1890, la revista británica *Chambers Journal* describía el Agua Tofana con gran detalle:

> «Se administraba en vino, té o algún otro líquido por la encantadora dama. [El veneno] producía un efecto casi imperceptible; el marido se desorientaba un poco, se sentía débil, indispuesto y fatigado, hasta tal punto que apenas podía avisar a un médico... Tras la segunda dosis, esta debilidad y fatiga se acentuaban más... La bella Medea, que se mostraba tan preocupada por la enfermedad de su marido, difícilmente sería sospechosa y, quizá, prepararía la comida de su marido tal y como lo había prescrito el médico con sus delicadas manos. De este modo, administraría la tercera gota que postraría incluso al hombre más robusto».

El origen de Giulia sigue siendo incierto, lo que ha dado lugar a varias versiones de su historia. Según algunas, su madre fue ejecutada por asesinar a su marido abusivo, y habría sido ella quien le enseñara a Giulia esta específica combinación de ingredientes. Esta versión podría explicar por qué Giulia sentía tanta compasión por las mujeres que estaban atrapadas en matrimonios violentos; quizás se identificaba con ellas y decidió ayudarlas. Otra teoría sostiene que Giulia se formó con boticarios, lo que la habría llevado a inventar ella misma su homónimo veneno.

En la primera mitad del siglo XVII, Giulia abrió una tienda en Nápoles donde vendía cosméticos y perfumes, una tapadera perfecta para encubrir la venta de venenos. Camuflaba los venenos en frascos de cristal, haciéndolos pasar por cosméticos embotellados, y los decoraba con imágenes de santos o los etiquetaba como el aceite curativo conocido como «Maná de San Nicolás». Una mujer podía colocar este frasquito de cristal a la vista, en su tocador o cómoda, sin levantar sospechas, pues parecía un artículo más de su colección personal.

Posteriormente, Giulia trasladó su negocio a Roma, donde involucró a Gironima Spana, una joven que, según algunas fuentes, era su hija. Se cree que Giulia lideraba una red de sabias que vendían venenos a través de un sistema de referencias que ayudaba a garantizar la discreción.

Para convertirse en clienta, una mujer debía ser recomendada por otra que ya hubiera utilizado el Agua Tofana para deshacerse de su marido. Según la versión más extendida de esta leyenda, este sistema funcionó durante cincuenta años, lo que permitió a Giulia mantenerse en el negocio del veneno sin ser capturada.

Para su desgracia, una de sus clientas sintió remordimientos en el último momento. Según relata Ben Hubbard en su libro *Poison: The History of Potions, Powders, and Murderous Practitioners* (*El veneno: historia de pócimas, polvos y asesinos*), esta mujer había preparado un plato de sopa envenenada para que lo consumiera su esposo. Sin embargo, en un momento de pánico, le retiró el cuenco antes de que pudiera probarlo. El hombre, confuso, exigió saber qué ocurría y obligó a su esposa a confesar. La llevó ante las autoridades papales de Roma, donde, bajo presión, ella reveló todo. Después de cincuenta años en el negocio, aquel plato de sopa sería el fin de Giulia.

Las autoridades comenzaron a perseguir a Giulia, quien buscó refugio en una iglesia. Sin embargo, un rumor aterrador comenzó a extenderse: se decía que había envenenado el suministro de agua de la ciudad. Estas acusaciones desataron la furia de una turba que asaltó la iglesia y la entregó a las autoridades papales. Fue interrogada y torturada, y finalmente confesó que su veneno había sido responsable de la muerte de más de seiscientos hombres (aunque, siendo justos, cualquier confesión obtenida bajo tortura debe tomarse con cautela).

En la década de 1650, Giulia fue condenada a morir junto a su hija y otras de sus ayudantes. El historiador Mike Dash explora varios finales posibles para Tofana en su artículo *Aqua Tofana: Slow-Poisoning and Husband-Killing in 17th century Italy* (*Agua Tofana: el envenenamiento lento y el asesinato de maridos en la Italia del siglo XVII*): «En una versión muy detallada, se dice que Tofana fue sacada a rastras de su santuario y estrangulada, tras lo cual "su cuerpo fue arrojado por la noche a la zona del convento de donde la habían sacado"». Según otros testimonios, nunca fue capturada y murió en su propia cama.

La leyenda y el temor hacia el Agua Tofana sobrevivieron mucho más tiempo que la propia Giulia. En 1791, más de cien años después de la muerte de Tofana, el moribundo compositor Wolfgang Amadeus Mozart estaba convencido de que había sido envenenado. Según se cuenta, dijo: «Siento definitivamente que no estaré mucho más tiempo; estoy seguro de que he sido

envenenado. No puedo librarme de esta idea... alguien me ha dado Agua Tofana y ha calculado el momento preciso de mi muerte». Aunque los historiadores contemporáneos descartan la teoría de que Mozart fue envenenado, este relato demuestra la perdurabilidad de la figura de Giulia Tofana y su mortífero invento.

Es posible que las autoridades lograran acabar con Giulia, pero no abordaron las circunstancias que llevaron a tantas mujeres a recurrir a sus letales servicios. En una época en la que los maridos podían abusar y maltratar a sus esposas sin temor a represalias, era inevitable que existiera un mercado para lo que Giulia ofrecía. Ella fue mucho más que una envenenadora en serie: fue una empresaria astuta, una fuente de consuelo y, para muchas, una justiciera. Una auténtica «mujer del Renacimiento».

La labor de Tofana de proteger a las mujeres de los abusos todavía estaba lejos de haber terminado. Siglos más tarde y en un país diferente, otra mujer tomaría el relevo: Ana Drakšin, más conocida como Baba Anujka, la versión serbocroata de «Abuela Ana» (suena adorable). También se la apodaba la Bruja de Vladimirovac y se ganó el título de «la asesina en serie más anciana del mundo». Se estima que sus venenos estuvieron detrás de entre cincuenta y ciento cincuenta muertes, hasta que fue capturada y juzgada cuando rondaba los noventa años.

Ana nació en Rumanía entre 1836 y 1838, y era hija de un ganadero rico. Según un artículo publicado en agosto de 1929, antes de su juicio, en el periódico neoyorquino *Angola Record*, Baba Anujka asistió a una escuela privada y llegó a dominar cinco idiomas. Desde joven, mostró una fascinación por la química, la medicina y la botánica. En su juventud, se enamoró de un militar austríaco que le rompió el corazón y le transmitió la sífilis. Después de este suceso, se alejó de la sociedad para dedicarse a sus estudios científicos.

Durante su adolescencia, se trasladó a Yugoslavia, donde contrajo matrimonio con un terrateniente mayor que ella. Tuvieron once hijos, pero solo uno consiguió llegar a la adultez. Tras veinte años de matrimonio, su esposo falleció y Ana volvió a sumirse en la soledad y en sus experimentos.

Convirtió un ala de su casa en un laboratorio químico privado. Los habitantes del pueblo acudían a ella en busca de servicios como curandera para tratar dolencias físicas y emocionales. Aunque a menudo se la describe como una misántropa, esto quizá no sea del todo justo, ya que tuvo una vida dura y ofrecía ayuda a quienes acudían a ella. Ana tenía una tintura para todo: pociones de amor, tónicos para la salud y, lo más famoso, algo que ella llamaba «agua mágica».

Ana ofrecía esta «agua mágica» como un remedio para las mujeres que deseaban deshacerse de sus maridos. Al parecer, preguntaba a sus clientas: «¿Cómo de pesado es ese problema?», una forma sutil de averiguar el peso de la víctima y calcular la dosis exacta de veneno necesaria. Se cree que el agua mágica contenía arsénico o venenos de origen vegetal.

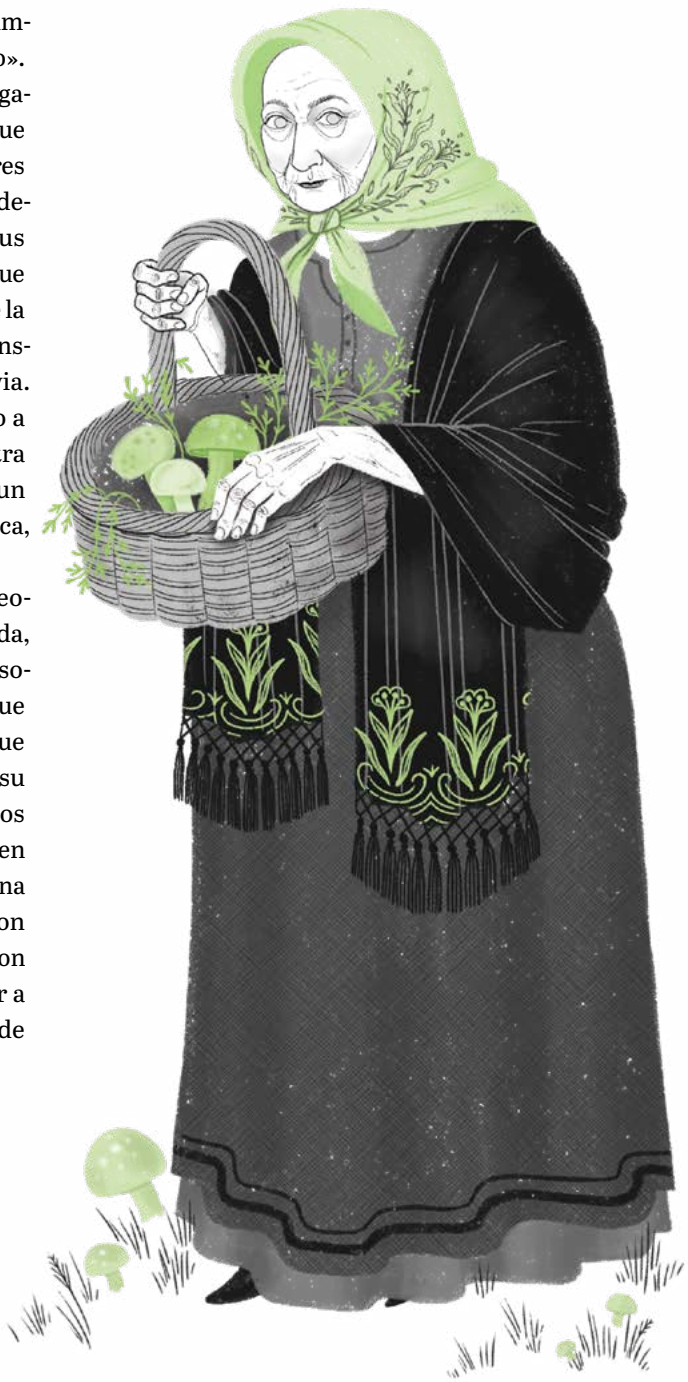
Durante décadas, Baba Anujka vivió de este negocio. Cuando ayudas a la gente a solucionar sus problemas, no te faltan clientes, y Ana era además una mujer de negocios justa, ya que ajustaba el precio de sus pociones según lo que cada persona podía pagar. Sin embargo, en 1928 fue detenida por suministrar veneno con el objetivo de cometer varios asesinatos. Junto a ella, fueron juzgadas seis mujeres que recientemente habían enviudado. Durante el juicio, Ana se defendió alegando que no era responsable de cómo sus clientes usaban sus tinturas ni de si alguien sufría una sobredosis.

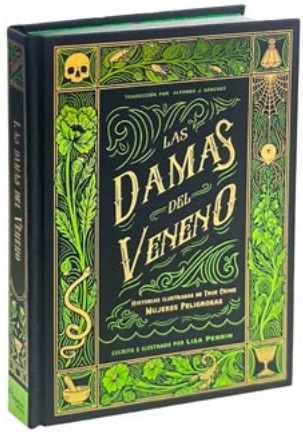
En 1929, un artículo del periódico *Brooklyn Daily Eagle* señaló las similitudes entre Baba Anujka y Giulia Tofana, quien había vivido cientos de años antes. El texto decía: «[Baba Anujka] era conocida desde hacía tiempo por la policía como una herbolaria inofensiva, una “mujer sabia”. Ahora creen que la tienen atrapada dentro de una red de pruebas que demuestra que

ha sido una envenenadora importante. Usaba venenos procedentes de plantas, a diferencia de Tofana, que empleaba compuestos de arsénico, como probablemente hizo Locusta, la envenenadora de maridos de la Roma del siglo I d.C. Un fuerte cuerpo policial tuvo que sacarla de su mísera cabaña a medianoche porque los campesinos la veneraban y la habrían defendido».

Aunque este relato aseguraba que los lugareños la habrían protegido, otros sostienen que la gente del pueblo creía que Ana tenía poderes sobrenaturales y la temían porque la consideraban una bruja. Muchos pensaban que sus tinturas funcionaban gracias a la magia más que por la química. Un titular de un periódico de la época afirmaba: «Anciana involucrada en conspiraciones de envenenamiento en Yugoslavia. Una veintena de maridos ricos han muerto a manos de sus parejas. Una "bruja" suministra "agua mágica" a las campesinas a cambio de un precio». De haber existido Twitter en esa época, la noticia habría sido tendencia.

Baba Anujka no encajaba en el estereotipo de una asesina. Era una anciana menuda, arrugada y con una típica *babushka*, la personificación de la abuela de Europa del Este. Fue condenada a quince años de prisión, pero fue liberada tras cumplir ocho años debido a su avanzada edad. Quizá gracias a sus propios tónicos, Baba Anujka logró vivir hasta los cien años. El linaje que conecta a Locusta con Tofana y Baba Anujka es evidente: todas formaron parte de una red secreta de mujeres que usaron su conocimiento sobre venenos para ayudar a quienes lo necesitaban, siempre a cambio de un módico precio.





¿Te has quedado con ganas de más?

Este es solo el principio...

Las damas del veneno reúne **28 historias reales** como esta, en una edición ilustrada de coleccionista que ya ha conquistado a miles de lectoras en todo el mundo.

Reserva ya tu ejemplar en nuestra web y consigue dos regalos exclusivos:

- **Pegatinas** ilustradas inspiradas en las protagonistas más letales
- **Diploma de Mujer Peligrosa**, firmado por nuestra editora jefa.

Solo disponible para las primeras compradoras.

https://www.capricaediciones.com/producto/las-damas-del-veneno